



LECTIO DIVINA

XI semana del Tiempo Ordinario
Del 16 al 22 de junio de 2019



DOMINGO, 16 DE JUNIO DE 2019
SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD
El Espíritu de la verdad nos guiará hasta la verdad plena

Oración introductoria

Cuando el alma se encuentra en un estado en que la relación con Dios le resulta difícil, es entonces el mejor momento para ponerse activamente en su presencia.

Cuando el alma se siente sujeta a las preocupaciones en su vida y como si no pudiese dejar siquiera unos minutos para Dios –es entonces el mejor momento para colocarse ante su amor.

Cuando el alma siente tedio, fastidio y hasta rechazo por andar hacia el Señor, es entonces el mejor momento para hacerlo. Yo quiero ponerme, pues, en tu presencia, Dios mío y escuchar tu palabra con atención.

Petición

Santísima Trinidad, ayúdame a creer en ti por los que no creen, a amarte por los que no te aman y a confiar en ti por los que no esperan en tu Palabra.

Lectura del libro de los Proverbios (Prov. 8, 22-31)

Así dice la sabiduría de Dios: «El Señor me estableció al principio de sus tareas, al comienzo de sus obras antiquísimas. En un tiempo remotísimo fui formada, antes de comenzar la tierra. Antes de los abismos fui engendrada, antes de los manantiales de las aguas. Todavía no estaban aplomados los montes, antes de las montañas fui engendrada. No había hecho aún la tierra y la hierba, ni los primeros terrones del orbe. Cuando colocaba los cielos, allí estaba yo; cuando trazaba la bóveda sobre la faz del abismo; cuando sujetaba el cielo en la altura, y fijaba las fuentes abismales.

Cuando ponla un límite al mar, cuyas aguas no traspasan su mandato; cuando asentaba los cimientos de la tierra, yo estaba junto a él, como aprendiz, yo era su encanto cotidiano, todo el tiempo jugaba en su presencia: jugaba con la bola de la tierra, gozaba con los hijos de los hombres.»

Salmo (Sal 8, 4-5. 6-7a. 7b-9.)

¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos (Rom. 5, 1-5)

Hermanos: Ya que hemos recibido la justificación por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos obtenido con la fe el acceso a esta gracia en que estamos; y nos gloriamos, apoyados en la esperanza de alcanzar la gloria de Dios. Más aún, hasta nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce constancia, la constancia, virtud probada, la virtud, esperanza, y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado.

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn. 16, 12-15)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora; cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues lo que hable no será suyo: hablará de lo que oye y os comunicará lo que está por venir. Él me glorificará, porque recibirá de mí lo que os irá comunicando. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho que tomará de lo mío y os lo anunciará.

Releemos el evangelio

Santa Teresa de Ávila (1515-1582)

carmelita descalza y doctora de la Iglesia

Relaciones, nº 33

“Reconociendo la gloria de la eterna Trinidad, adorando su unidad todopoderosa” (Colecta)

Aunque otras veces se me ha dado a entender por visión la Santísima Trinidad intelectual, no me ha quedado después de algunos días la verdad, como ahora, digo para poderlo pensar y consolarme en esto. Y ahora veo que de la misma manera lo he oído a letrados, y no lo he entendido como ahora, aunque siempre sin detenimiento lo creía, porque no he tenido tentaciones de la fe....

Lo que a mí se me representó, son tres Personas distintas, que cada una se puede mirar y hablar por sí. Y después he pensado que sólo el Hijo tomó carne humana, por donde se ve esta verdad. Estas Personas se aman y comunican y se conocen. Pues si cada una es por sí ¿cómo decimos que todas tres son una esencia, y lo creemos, y es muy gran verdad y por ella moriría yo mil muertes? En todas tres Personas no hay más que un querer y un poder y un señorío, de manera que ninguna cosa puede una sin otra, sino que de cuantas criaturas hay es sólo un Criador.

¿Podría el Hijo criar una hormiga sin el Padre? No, que es todo un poder, y lo mismo el Espíritu Santo; así que es un solo Dios todopoderoso, y todas tres Personas una Majestad. ¿Podría uno amar al Padre sin querer al Hijo y al Espíritu Santo? No, sino quien contentare a la una de estas tres Personas divinas, contenta a todas tres, y quien la ofendiere, lo mismo. ¿Podrá el Padre estar si el Hijo y sin el Espíritu Santo? No, porque es una esencia, y adonde está el uno están todas tres, que no se pueden dividir.

¿Pues cómo vemos que están divisos tres Personas, y cómo tomó carne humana el Hijo y no el Padre ni el Espíritu Santo? Esto no lo entendí yo; los teólogos lo saben. Bien sé yo que en aquella obra tan maravillosa que estaban todas tres, y no me ocupó en pensar mucho esto. Luego se concluye mi pensamiento con ver que es Dios todopoderoso, y como lo quiso lo pudo, y así podrá todo lo que quisiere; ¡mientras menos lo entiendo, más lo creo y me hace mayor devoción. Sea por siempre bendito. Amén.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Lo llama precisamente “Espíritu de la verdad” y les explica que su acción será la de introducirles cada vez más en la comprensión de aquello que él, el Mesías, ha dicho y hecho, de modo particular de su muerte y de su resurrección. A los Apóstoles, incapaces de soportar el escándalo de la pasión de su Maestro, el Espíritu les dará una nueva clave de lectura para introducirles en la verdad y en la belleza del evento de la salvación.»
(Homilía de S.S. Francisco, 24 de mayo de 2015).

Meditación

La Santísima Trinidad es el misterio principal de nuestra fe. El Catecismo de la Iglesia Católica nos recuerda: «La fe católica es esta: que veneremos un Dios en la Trinidad y la Trinidad en la unidad, no confundiendo las personas, ni separando las substancias; una es la persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu Santo; pero del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo una es la divinidad, igual la gloria, coeterna la majestad» (Catecismo n.266). Pero ¿qué significa este gran misterio, tan incomprensible que muchas veces nos olvidamos de él? Repasemos las notas características de las tres personas, para acercarnos un poco a la grandeza de este misterio

1. Dios es Padre

«Al designar a Dios con el nombre de «Padre», el lenguaje de la fe indica principalmente dos aspectos: que Dios es origen primero de todo y autoridad trascendente y que es al mismo tiempo bondad y solicitud amorosa para todos sus hijos» (Catecismo n.239).

Dios Padre, origen de todo, o sea, creador de nuestra vida, de nuestras buenas cualidades y de lo que consideramos nuestros defectos. Dios Padre, guía y explicación última de todo lo que nos sucede. Antes de la creación éramos nada, y Él nos creó de la nada y nos dio esta vida, llena de alegrías, y también de momentos duros pero hermosos.

Dios Padre, amoroso guardián de nuestro cuerpo y de nuestra alma. Dios Padre, cariñoso con cada hijo, incluso cuando nos olvidamos de Él, nos creemos «demasiado mayores» para pedirle su ayuda. En resumen, Dios Padre, todo corazón y todo amor.

2. Dios Hijo, nuestro hermano mayor

Hemos visto la grandeza y el amor del Padre, pero ¿quién nos ha revelado que Dios es así? El Hijo es el motor de esta revelación. Gracias a Él conocemos a este Dios tan maravilloso, a este Ser que da pleno sentido a nuestras vidas. El Hijo, también lleno de amor, se ha querido acercar tanto a nosotros que se ha hecho hombre; trabajó con manos de hombre, amó con corazón de hombre, sufrió en su cuerpo de hombre, lloró con ojos de hombre. Nos ganó la redención con nuestra naturaleza humana. Nadie conoce al Padre más que el hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. ¡Gracias, Jesús!

3. El Espíritu Santo

En este repaso veloz de las personas de la Trinidad llegamos al Espíritu Santo, el «gran desconocido». «Él es quien nos precede y despierta en nosotros la fe», nos recuerda el Catecismo en el número 683. San Pablo

recordaba a los corintios que «nadie puede decir: «¡Jesús es Señor!» sino por influjo del Espíritu Santo» (1Co 12,3). Parece, pues, que el Espíritu Santo juega en nuestra vida cristiana un papel clave. Sin Él no podemos dar el primer paso en nuestra fe: reconocer Jesús como Señor, como Dios.

A partir de ahí, nuestra vida es como un racimo de cerezas: Si Jesús es Señor le dejaré entrar en mi corazón, me guiaré de acuerdo con sus principios en el trato con familiares, amigos, compañeros..., dejaré que la caridad reine en mi corazón, seré testimonio de cristiano convencido y coherente. Espíritu Santo, ilumina mi entendimiento y mueve mi voluntad.

Oración final

¡Espíritu de la verdad!

Tú nos haces hijos e hijas de Dios,
de modo que podamos acercarnos al Padre.

¡Oh Padre! nos dirigimos a ti
con un corazón sólo y una sola alma
y te pedimos:

¡Oh Padre, envía tu Santo Espíritu !

¡Envía tu Espíritu sobre la Iglesia!

Que cada cristiano crezca, en sintonía con el amor de Cristo,
en el amor por Dios y por sus hermanos.

¡Oh Padre! renueva nuestra fe
en el Reino que Jesús ha venido a proclamar
y a encarnar sobre la tierra.

No permitas que nos dejemos dominar por la desilusión
y vencer por el cansancio.

Que nuestras comunidades sean la levadura
que haga crecer en la sociedad
la justicia y la paz.

Oración introductoria

Señor, te veo en la cruz. Te veo guardando silencio ante los desprecios y humillaciones. Te veo delante de tu pueblo, totalmente rechazado. Y me veo a mí, aclamado, respetado y aceptado.

Veo tu paciencia delante de los ignorantes. Y veo mi impaciencia delante de ellos. ¿Qué puedo hacer? Soy un gran pecador. Soy la persona más llena de orgullo. Delante de esta cruz, ¿qué hacer? Estar en silencio, contemplando a la Humildad misma, al Amor.

Petición

Señor, haz mi corazón más semejante al tuyo.

Lectura de la Primera Carta del Apóstol San Pablo a los Corintios (2 Cor. 6,1-10)

Secundando su obra, os exhortamos a no echar en saco roto la gracia de Dios, porque él dice: «En tiempo favorable te escuché, en día de salvación vine en tu ayuda»; pues mirad, ahora es tiempo favorable, ahora es día de salvación. Para no poner en ridículo nuestro ministerio, nunca damos a nadie motivo de escándalo; al contrario, continuamente damos prueba de que somos ministros de Dios con lo mucho que pasamos: luchas, infortunios, apuros, golpes, cárceles, motines, fatigas, noches sin dormir y días sin comer; procedemos con limpieza, saber, paciencia y amabilidad, con dones del Espíritu y amor sincero, llevando la palabra de la verdad y la fuerza de Dios. Con la derecha y con la izquierda empuñamos las armas de la justicia, a través de honra y afrenta, de mala y buena fama. Somos los impostores que dicen la verdad, los desconocidos conocidos de sobra, los moribundos que están bien vivos, los penados nunca ajusticiados, los

afligidos siempre alegres, los pobretones que enriquecen a muchos, los necesitados que todo lo poseen.

Salmo (Sal 97,1.2-3ab.3cd-4)

El Señor da a conocer su salvación.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 5,38-42)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Habéis oído que se dijo: "Ojo por ojo, diente por diente". Yo, en cambio, os digo: No hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también la capa; a quien te requiera para caminar una milla, acompáñale dos; a quien te pide, dale, y al que te pide prestado, no lo rehúyas.»

Releemos el evangelio

Doroteo de Gaza (c. 500 -?)

monje en Palestina

Instrucciones, nº 1, 6-8; SC 92

“Yo os digo: No hagáis frente al que os agravia”

La Ley dice: “Ojo por ojo, diente por diente” (Ex 21,24). Pero el Señor nos exhorta no sólo a recibir pacientemente el golpe del que nos abofetea, sino a presentarle humildemente la otra mejilla. Porque la finalidad de la Ley era enseñarnos a no hacer lo que no queremos que nos hagan. Nos priva, pues, de hacer el mal por miedo a lo que nos pueda ocurrir. Pero lo que se nos pide ahora es: rechazar el odio, el amor al placer, el amar los honores y demás tendencias nocivas...

A través de los santos mandamientos Cristo, nos enseña a purificar nuestras pasiones a fin de que éstas no nos hagan caer de nuevo en los mismos pecados. Nos muestra la causa que nos hace llegar al desprecio y a la trasgresión de los preceptos de Dios; y nos proporciona el remedio para

que podamos obedecer y ser salvados. ¿Cuál es, pues, el remedio y la causa de este desprecio? Escuchad lo que nos dice el mismo Señor: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis el descanso para vuestras almas” (Mt 11,29). He aquí que, de manera breve, con una sola palabra, nos muestra la raíz y la causa de todos los males, junto con su remedio, fuente de todos los bienes. Nos enseña que lo que nos hace caer es la soberbia, y que no es posible alcanzar misericordia sino por la humildad, que es la disposición contraria.

De hecho, la soberbia engendra el desprecio y la desobediencia que conduce a la muerte, mientras que la humildad engendra obediencia y la salvación de las almas: yo entiendo la verdadera humildad, no como un rebajarse de palabra y en actitudes, sino como una disposición verdaderamente humilde en lo más íntimo del corazón y del espíritu. Por esto dice el Señor: “Yo soy manso y humilde de corazón”. El que quiera encontrar el verdadero descanso para su alma que aprenda a ser humilde.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Los agentes de evangelización, por tanto, han de ser ante todo artesanos del perdón, especialistas de la reconciliación, expertos de la misericordia. Así podremos ayudar a nuestros hermanos y hermanas a “cruzar a la otra orilla”, revelándoles el secreto de nuestra fuerza, de nuestra esperanza, de nuestra alegría, que tienen su fuente en Dios, porque están fundados en la certeza de que Él está en la barca con nosotros.» *(Homilía de S.S. Francisco, 2 de diciembre de 2015).*

Meditación

«Donde no hay amor, pon amor y sacarás amor». Sin duda que alguna vez nos hemos encontrado llenos de rabia con alguna persona que nos ofendió. Y podríamos decir: «pero ¿por qué tengo que pedir perdón yo si fue éste el que me ofendió?» Pero veamos al Maestro... Estando en la cruz, calló. Pero no era un silencio indignado o un silencio de cansancio. Era un silencio lleno de amor.

Elevado en la cruz veía cada rostro. Veía mi rostro. Veía mis pecados y... prefirió callar. Podría haber lanzado fuego a innumerables ciudades. Podría haber hecho lo que quería. pero calló. Me miró con amor. Me miró con esos ojos con los que miraba a multitudes. Abrió los brazos y me dio todo. Hasta la última gota de sangre. Me dio a su madre. Me dio el perdón.

Y hoy cada vez que me acerco al confesionario me perdona cada pecado, limpia mi alma de pies a cabeza. Me mira a los ojos s. Sin muchas palabras. Y ahí está derramando su gran misericordia en mi alma. La limpia y la deja blanca como la nieve.

Corre a mi encuentro y me cubre con un manto, pone anillo en mi mano y sandalias en mis pies. Hace una gran fiesta. Ha vuelto su hijo. No le importa lo que haya perdido ni lo que perderá. Lo único en lo que piensa es en que su hijo ha vuelto a casa.

Pienso en las tantas veces que he ultrajado el nombre de mis Señor, las veces en las que no he hecho caso a sus llamadas de amor. Lo veo en la cruz. Veo cada una de sus llagas. Veo a su madre, al pie de la cruz. Los veo sufrir. Y sólo puedo quedarme ahí contemplando que el amor del Señor no tiene límites.

Oración final

Escucha mi palabra, Yahvé,
repara en mi plegaria,
atento a mis gritos de auxilio,
rey mío y Dios mío. *(Sal 5,2-3)*

Oración introductoria

Señor, vengo ante Ti para adorarte, para darte el lugar que te mereces en mi día. Quiero responder a tu invitación y por ello quiero orar y estar contigo. No quiero dejarte solo jamás.

Dame la gracia de ser fiel a tu amor. Creo que eres mi Dios y mi Señor. Te amo con todo mi ser y quiero corresponder a tu amor. Sé que Tú nunca me dejarás defraudado. Todo, Señor, lo espero de Ti.

Petición

Jesús, forma en mí un corazón abierto y generoso, para que pueda hacer el bien en todo momento.

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios (2 Cor. 8,1-9)

Queremos que conozcáis, hermanos, la gracia que Dios ha dado a las Iglesias de Macedonia: En las pruebas y desgracias creció su alegría; y su pobreza extrema se desbordó en un derroche de generosidad. Con todas sus fuerzas y aún por encima de sus fuerzas, os lo aseguro, con toda espontaneidad e insistencia nos pidieron como un favor que aceptara su aportación en la colecta a favor de los santos. Y dieron más de lo que esperábamos: se dieron a sí mismos, primero al Señor y luego, como Dios quería, también a nosotros. En vista de eso, como fue Tito quien empezó la cosa, le hemos pedido que dé el último toque entre vosotros a esta obra de caridad. Ya que sobresalís en todo: en la fe, en la palabra, en el conocimiento, en el empeño y en el cariño que nos tenéis, distinguíos también ahora por vuestra generosidad. No es que os lo mande; os hablo del empeño que ponen otros para comprobar si vuestro amor es genuino.

Porque ya sabéis lo generoso que fue nuestro Señor Jesucristo: siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para enriqueceros con su pobreza.

Salmo (Sal 145,2.5-6.7.8-9ª)

Alaba, alma mía, al Señor.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 5,43-48)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo” y aborrecerás a tu enemigo. Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, y rezad por los que os persiguen. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.»

Releemos el evangelio

San Cesáreo de Arlés (470-543)

monje y obispo

Sermón 223, 3.6

“Amad a vuestros enemigos” (Mt 5,44)

Queridos hermanos, nadie puede dispensarse de amar a los enemigos. Alguien me puede decir: “Yo no puedo ayunar, no puedo orar durante la noche.” ¿Se puede decir: no puedo amar? Uno puede decir: “No puedo dar todos mis bienes a los pobres y servir a Dios en un monasterio”, pero no se puede decir: “yo no puedo amar.” Tú me dirás: “Yo no me puedo privar de los bienes y de los alimentos.” Yo te lo creo, pero si tú dices que no puedes perdonar a los que te han hecho daño, no te lo creo en absoluto.

No tenemos ninguna excusa de no hacerlo porque debemos cumplir esta limosna sacándola no del tesoro de nuestros bienes sino de nuestro corazón. Amemos, pues, no solamente a los amigos sino también a los enemigos... Pero tú me dirás: “Mi enemigo me ha hecho tanto mal que de ninguna manera le puedo amar.” Tú miras lo que te hizo este hombre y no miras lo que tú has hecho a Dios. ¡Examina atentamente tu conciencia: tú has cometido sin darte cuenta muchas más faltas contra Dios que un hombre haya cometido contra ti. ¿Con qué osadía esperas, pues, que Dios te perdone lo mucho cuando tú no perdonas lo poco?

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús nos enseña que el Padre celestial “hace salir su sol sobre malos y buenos”. Nosotros también, después de haber experimentado el perdón, tenemos que perdonar. Esta es nuestra vocación fundamental: “Por tanto, sean perfectos, como es perfecto el Padre celestial”. Una de las exigencias fundamentales de esta vocación a la perfección es el amor a los enemigos, que nos previene de la tentación de la venganza y de la espiral de las represalias sin fin. Jesús ha insistido mucho sobre este aspecto particular del testimonio cristiano.» *(Homilía de S.S. Francisco, 2 de diciembre de 2015).*

Meditación

Hoy me hablas de un tema central de mi vocación cristiana, la caridad.

Me hablas de la caridad que se manifiesta en actos concretos y que no es para nada puro sentimentalismo, buena intención o simple proyecto. Es tan concreto lo que me propones que me lo manifiestas con verbos sencillos: amen, hagan el bien, rueguen, saluden.

Quieres de mí una caridad que actúa, que se mueve, que se inquieta por llevar tu amor a todos los hombres. No es la caridad que se conforma solamente con evitar el mal sino que procura el bien. No habla mal, sino

que perdona, bendice, alaba. No sólo comparte de lo que le sobra, sino que da lo que necesita. No sólo estima, sino que ama.

La caridad es el elemento que me identifica con mi Padre. Amar es la mejor forma de imitarte y hacerme cada vez más semejante a Ti, como un hijo que se parece a sus padres.

La caridad hace mi vida extraordinaria. Es decir, más allá de lo ordinario, de lo común, de lo elemental. La caridad tiñe mi existencia con tus colores: alegría, paz, serenidad, confianza, libertad. Dame la gracia de tener una caridad como la que Tú has tenido conmigo. Dame la gracia de comprender que en la caridad concreta encuentro la perfección de mi vida, la realización plena de mi existencia, la completa imitación de Ti.

Oración final

Piedad de mí, oh Dios, por tu bondad,
por tu inmensa ternura borra mi delito,
lávame a fondo de mi culpa,
purifícame de mi pecado. *(Sal 51,3-4)*

MIÉRCOLES, 19 DE JUNIO DE 2019

La recompensa de lo secreto

Oración introductoria

Jesús, gracias por el inmenso amor que me has tenido. Te doy las gracias de todo corazón por este momento de encuentro personal contigo. Aumenta mi fe. Creo en Ti, Jesús, pero bien sabes que mi fe es débil. No la dejes desfallecer. Confío en Ti, Jesús. Quiero abandonarme totalmente a tus paternales manos; todo lo que tengo y lo que soy, te lo doy. Te amo, pero dame la gracia de aprender a recibir tu inmenso amor. Dame la gracia de dejarme amar por Ti, de amarte y de ser un reflejo de tu amor para los demás.

Petición

Señor, ayúdame a actuar siempre con pureza de intención para que todo sea para la mayor gloria de Dios.

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios (2 Cor. 9,6-11)

El que siembra tacañamente, tacañamente cosechará; el que siembra generosamente, generosamente cosechará. Cada uno dé como haya decidido su conciencia: no a disgusto ni por compromiso; porque al que da de buena gana lo ama Dios. Tiene Dios poder para colmaros de toda clase de favores, de modo que, teniendo siempre lo suficiente, os sobre para obras buenas. Como dice la Escritura: «Reparte limosna a los pobres, su justicia es constante, sin falta.» El que proporciona semilla para sembrar y pan para comer os proporcionará y aumentará la semilla, y multiplicará la cosecha de vuestra justicia. Siempre seréis ricos para ser generosos, y así, por medio nuestro, se dará gracias a Dios.

Salmo (Sal 111,1-2.3-4.9)

Dichoso quien teme al Señor

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 6,1-6.16-18)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial. Por tanto, cuando hagais limosna, no vayas tocando la trompeta por delante, como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, con el fin de ser honrados por los hombres; os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando hagais limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará. Cuando recéis, no seáis como los hipócritas, a quienes

les gusta rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vea la gente. Os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, cuando vayas a rezar, entra en tu aposento, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará. Cuando ayunéis, no andéis cabizbajos, como los hipócritas que desfiguran su cara para hacer ver a la gente que ayunan. Os aseguro que ya han recibido su paga. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, para que tu ayuno lo note, no la gente, sino tu Padre, que está en lo escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará.»

Releemos el evangelio

Santa Teresa Benedicta de la Cruz

Edith Stein, (1891-1942), carmelita descalza, mártir, copatrona de Europa

La Oración de la Iglesia

«Cuando tú ores, retírate a lo más oculto de tu casa»

Todo se hace uno para los que han llegado a la profunda unidad de la vida divina: el descanso y la acción, contemplar y actuar, callarse y hablar, escuchar y abrirse, recibir el don de Dios y devolver el amor a raudales en la acción de gracias y la alabanza...

Nos es necesario escuchar en silencio durante largas horas, dejar que la palabra de Dios nos penetre y desarrolle en nosotros hasta que nos mueva a alabar a Dios tanto en la oración como en el trabajo. Nos son necesarias también las formas tradicionales, y debemos participar en el culto divino tal como lo ordena la Iglesia para que nuestra vida interior se desvele, permanezca en el recto camino y encuentre la forma de expresión que le conviene.

La solemne alabanza de Dios debe tener sobre la tierra sus santuarios para que se pueda celebrar con toda la perfección que los hombres son capaces. Desde allí, en nombre de la santa Iglesia, sube al cielo, actúa sobre todos sus miembros, los despierta a vivir su vida interior y estimula su

esfuerzo fraternal. Pero para que este canto de alabanza sea vivificado desde el interior, es necesario que en estos lugares de oración haya también tiempos reservados a profundizar espiritualmente en el silencio; si no fuere así, esta alabanza degeneraría en un balbuceo de los labios despojado de vida.

Es gracias a estos hogares de vida interior que este peligro queda atrás; las almas pueden, en ellos, meditar delante de Dios en el silencio y la soledad, para ser en el corazón de la Iglesia los cantores del amor que todo lo vivifica.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Bienaventurados los que soportan con fe los males que otros les infligen y perdonan de corazón; bienaventurados los que miran a los ojos a los descartados y marginados mostrándoles cercanía; bienaventurados los que reconocen a Dios en cada persona y luchan para que otros también lo descubran; bienaventurados los que protegen y cuidan la casa común; bienaventurados los que renuncian al propio bienestar por el bien de otros; bienaventurados los que rezan y trabajan por la plena comunión de los cristianos... Todos ellos son portadores de la misericordia y ternura de Dios, y recibirán ciertamente de él la recompensa merecida.» (*Homilía de S.S. Francisco, 1 de noviembre de 2016*).

Meditación

Jesús, hoy me pides que todo lo que haga sea de manera humilde, escondida, allí donde sólo tu mirada puede penetrar. Me dices que allí es donde el Padre me recompensará... y yo me pregunto, ¿qué he hecho de extraordinario para que Tú me recompenses?, ¿qué puedo darte yo que no haya recibido de Ti? Nada; y sin embargo, Tú me quieres dar la mejor recompensa: Tu amor.

¿Acaso no me amas ya aunque no ayune, ore ni dé limosna? ¡Claro que sí! Me amas por lo que soy, y no por lo que hago. Y entonces, ¿para

qué hacer todo lo que me dices? Tú me pides todo esto, no para que Tú me regales tu amor, sino para que yo pueda recibirlo.

Me pides orar en lo secreto, en medio del silencio, ya que sabes que sólo allí, en la intimidad, puedo escuchar tu voz que dice: «Te amo». Me pides dar limosna sin esperar que me pongan una estatua en la ciudad o un comercial en la tv... pues sabes cuán presto los hombres olvidamos. Tú, en cambio, quieres darme un amor sin fecha de caducidad, un amor que dure para siempre..., pero yo no puedo recibirlo si estoy lleno de alabanzas humanas, del mismo modo que sólo puedo llenar una copa con un buen vino si está vacía.

Tú me pides ayunar sin poner cara de viernes santo, pues sabes que la verdadera felicidad no me la dan los banquetes, sino el privarme de algo para dárselo al que está a mi lado.

Jesús, iyo no quiero otra recompensa que no seas Tú! Mírame. Dame la gracia de aprender a cifrar mi felicidad sólo en Ti.

Oración final

¡Qué grande es tu bondad, Yahvé!
La reservas para tus adeptos,
se la das a los que a ti se acogen
a la vista de todos los hombres. (*Sal 31,20*)

Oración introductoria

Señor, aquí estoy. Quiero escuchar tu voz en el interior de mi corazón. Sí, tu voz es como el rocío de la mañana, pasa por cada alma, en el silencio de la oración, y la refresca. Como María, me pongo a tus pies y escucho cada una de tus palabras.

Petición

Señor, dame la gracia de la conversión continua

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios (2 Cor. 11,1-11)

Ojalá me toleraseis unos cuantos desvaríos; bueno, ya sé que me los toleráis. Tengo celos de vosotros, los celos de Dios; quise desposaros con un solo marido, presentándoos a Cristo como una virgen intacta. Pero me temo que, igual que la serpiente sedujo a Eva con su astucia, se pervierta vuestro modo de pensar y abandone la entrega y fidelidad a Cristo. Se presenta cualquiera predicando un Jesús diferente del que yo predico, os propone un espíritu diferente del que recibisteis, y un Evangelio diferente del que aceptasteis, y lo toleráis tan tranquilos. ¿En qué soy yo menos que esos superapóstoles? En el hablar soy inculto, de acuerdo; pero en el saber no, como os lo he demostrado siempre y en todo. ¿Hice mal en abajarme para elevaros a vosotros? Lo digo porque os anuncié de balde el Evangelio de Dios. Para estar a vuestro servicio, tuve que saquear a otras Iglesias, aceptando un subsidio; mientras estuve con vosotros, aunque pasara necesidad, no me aproveché de nadie; los hermanos que llegaron de Macedonia proveyeron a mis necesidades. Mi norma fue y seguirá siendo no seros gravoso en nada. Lo digo con la verdad de Cristo que poseo; nadie en toda Acaya me quitará esta honra. ¿Por qué?, ¿porque no os quiero? Bien lo sabe Dios.

Salmo (Sal 110,1-2.3-4.7-8)

Justicia y verdad son las obras de tus manos, Señor.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 6,7-15)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Cuando recéis, no uséis muchas palabras, como los gentiles, que se imaginan que por hablar mucho les harán caso. No seáis como ellos, pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes que lo pidáis. Vosotros rezad así: "Padre nuestro del cielo, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy el pan nuestro de cada día, perdónanos nuestras ofensas, pues nosotros hemos perdonado a los que nos han ofendido, no nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del Maligno." Porque si perdonáis a los demás sus culpas, también vuestro Padre del cielo os perdonará a vosotros. Pero si no perdonáis a los demás, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras culpas.»

Releemos el evangelio

San Cipriano (c. 200-258)

obispo de Cartago y mártir

La oración del Señor, 18

«Nuestro pan de cada día»

"El Pan nuestro de cada día, dánosle hoy.» Estas palabras se pueden entender en sentido espiritual o en sentido literal: en la intención de Dios, las dos interpretaciones deben contribuir a nuestra salvación. Nuestro pan de vida es Cristo; este pan no es para todos, sino para nosotros. Así como decimos «Padre nuestro» porque es el Padre de los que tienen fe, así también llamamos a Cristo «nuestro pan» porque es el pan de los que forman su cuerpo.

Es para obtener este pan que oramos todos los días; no quisiéramos... a causa de una falta grave... privarnos del pan del cielo, separarnos del cuerpo de Cristo, de él que ha proclamado: «Yo soy el pan vivo bajado del cielo: el que come de este pan, vivirá eternamente. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo» (Jn 6,51)... El Señor nos ha alertado: «Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros» (Jn 6,53). Pedimos, pues, todos los días recibir nuestro pan, es decir, a Cristo, para permanecer y vivir en Cristo, y no alejarnos, en absoluto, de su gracia y de su cuerpo.

También podemos comprender esta petición de la siguiente manera: hemos renunciado al mundo; por la gracia de la fe hemos rechazado sus riquezas y seducciones; pedimos simplemente su alimento... El que comienza a ser discípulo de Cristo y renuncia a todo según la palabra del Maestro (Lc 14,33), debe pedir el alimento de cada día y no preocuparse de un largo plazo. El Señor ha dicho: «No os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le bastan sus disgustos» (Mt 6,34). El discípulo, pues, pide con razón su alimento de cada día, puesto que le está prohibido inquietarse por el día de mañana.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús quiso introducir a los suyos en el misterio de la Vida, en el misterio de su vida. Les mostró –comiendo, durmiendo, curando, predicando, rezando– qué significa ser Hijo de Dios. Los invitó a compartir su vida, su intimidad y estando con Él, los hizo tocar en su carne la vida del Padre. Los hace experimentar en su mirada, en su andar la fuerza, la novedad de decir: “Padre nuestro”. En Jesús, esta expresión, “Padre Nuestro” no tiene el “gustillo” de la rutina o de la repetición, al contrario, tiene sabor a vida, a experiencia, a autenticidad. Él supo vivir rezando y rezar viviendo, diciendo: “Padre nuestro”. Y nos ha invitado a nosotros a lo mismo.»

Meditación

«¡Abba!» Padre, Papito, escúchame. Ve a esta pobre alma que se acerca a Ti en el silencio de su corazón. Ve a esta pobre alma que se acerca sin saber qué decir. Que la boca se queda pegada al paladar y sólo puede decir «Abba».

Sin duda que tener un Padre al lado en cada momento de la vida es reconfortante. El saber que hay una mano amiga que sostiene y da seguridad. El saber que hay alguien en quien me puedo apoyar cuando la fuerza flaquea, Alguien que nunca me deja solo, que está en las buenas y en las malas.

Y sin embargo, qué abandonado estás Padre. A veces me ves e intentas decirme algo. Pero yo paso de largo. Voy a lo mío. Y te quedas con la boca abierta intentando decir algo porque ni te di la palabra, ni te mire, ni te di tiempo.

Veo a ese Padre lleno ilusión por mí. Ese Padre que me ha visto crecer. Ese Padre con el que hablaba sin palabras. Veo a ese Padre, que está orgulloso de su hijo porque ha crecido y ha tenido éxito. Veo a ese Padre hablando en silencio, esperando que alguien lo escuche. Mirando a lo lejos, esperando a su hijo.

Veo a ese hijo, alejado de la casa del Padre. Veo a ese hijo teniendo éxito. Veo a ese hijo hablando en silencio. Veo a ese hijo adulto, que ha olvidado aquellas horas que ha pasado con su Padre, con su «Papito».

Veo a ese Padre que corre al encuentro del hijo que entra a casa. Y veo a ese hijo que se deja abrazar por el Padre. Veo en ese silencio el fuerte amor que une a Padre e hijo. Veo en ese Padre a Dios y me veo en ese hijo.

Oración final

Ensalzad conmigo a Yahvé,
exaltemos juntos su nombre.
Consulté a Yahvé y me respondió:
me libró de todos mis temores. *(Sal 34,4-5)*

VIERNES, 21 DE JUNIO DE 2019
SAN LUIS GONZAGA, RELIGIOSO

Hacer todo de cara a la eternidad

Oración introductoria

Quiero conocerte más y mejor, Señor. Permíteme ver tu rostro. Gracias por haberme creado, redimido y amado de manera tan particular. Te adoro y te doy gracias por todo lo que has hecho por mí y por tus dones. Dame aquello que más necesito y que Tú bien conoces. Quiero estar contigo y acompañarte este rato.

Petición

Jesús, concédeme la gracia de ser generoso en la donación de mi tiempo y en el servicio desinteresado a la Iglesia.

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios (2 Cor. 11,18.21b-30)

Son tantos los que presumen de títulos humanos, que también yo voy a presumir. Pues, si otros se dan importancia, hablo disparatando, voy a dármela yo también. ¿Que son hebreos?, también yo; ¿que son linaje de Israel?, también yo; ¿que son descendientes de Abrahán?, también yo; ¿que si ven a Cristo?, voy a decir un disparate: mucho más yo. Les gano en fatigas, les gano en cárceles, no digamos en palizas y en peligros de muerte,

muchísimos; los judíos me han azotado cinco veces, con los cuarenta golpes menos uno; tres veces he sido apaleado, una vez me han apedreado, he tenido tres naufragios y pasé una noche y un día en el agua. Cuántos viajes a pie, con peligros de ríos, con peligros de bandoleros, peligros entre mi gente, peligros entre gentiles, peligros en la ciudad, peligros en despoblado, peligros en el mar, peligros con los falsos hermanos. Muerto de cansancio, sin dormir muchas noches, con hambre y sed, a menudo en ayunas, con frío y sin ropa. Y, aparte todo lo demás, la carga de cada día, la preocupación por todas las Iglesias. ¿Quién enferma sin que yo enferme?; ¿quién cae sin que a mí me dé fiebre? Si hay que presumir, presumiré de lo que muestra mi debilidad.

Salmo (Sal 33,2-3.4-5.6-7)

Dios libra a los justos de sus angustias.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 6,19-23)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No atesoréis tesoros en la tierra, donde la polilla y la carcoma los roen, donde los ladrones abren boquetes y los roban. Atesorad tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni carcoma que se los coman ni ladrones que abran boquetes y roben. Porque donde está tu tesoro allí está tu corazón. La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, tu cuerpo entero tendrá luz; si tu ojo está enfermo, tu cuerpo entero estará a oscuras. Y si la única luz que tienes está oscura, ¡cuánta será la oscuridad!»

Releemos el evangelio

Concilio Vaticano II

Papa Pablo VI, Mensaje a los gobernantes del Miércoles 8/12/1965

«No acumuléis tesoros en la tierra»

En este instante solemne, nosotros, los Padres del XXI Concilio Ecuménico de la Iglesia católica...con plena conciencia de nuestra misión hacia la humanidad, nos dirigimos, con deferencia y confianza, a aquellos que tienen en sus manos los destinos de los hombres sobre esta tierra, a todos los depositarios del poder temporal.

Lo proclamamos en alto: honramos vuestra autoridad y vuestra soberanía, respetamos vuestras funciones, reconocemos vuestras leyes justas, estimamos los que las hacen y a los que las aplican. Pero tenemos una palabra sacrosanta y deciros: sólo Dios es grande. Sólo Dios es el principio y el fin. Sólo Dios es la fuente de vuestra autoridad y el fundamento de vuestras leyes.

A vosotros corresponde ser sobre la tierra los promotores del orden y de la paz entre los hombres. Pero no lo olvidéis: es Dios, el Dios vivo y verdadero, el que es Padre de los hombres, y es Cristo, su Hijo eterno, quien ha venido a decírnoslo y a enseñarnos que todos somos hermanos. Él es el gran artesano del orden y la paz sobre la tierra, porque es Él quien conduce la historia humana y el único que puede inclinar los corazones a renunciar a las malas pasiones que engendran la guerra y la desgracia.

Es Él quien bendice el pan de la humanidad, el que santifica su trabajo y su sufrimiento, el que le da gozos que vosotros no le podéis dar, y la reconforta en sus dolores, que vosotros no podéis consolar. En vuestra ciudad terrestre y temporal construye su cuidado espiritual y eterna: su Iglesia.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Acumular es precisamente una cualidad del hombre, hacer las cosas y dominar el mundo es también una misión. Esta es la lucha de cada día: cómo gestionar bien las riquezas de la tierra, para que estén orientadas al Cielo y se conviertan en riquezas del Cielo.

Dios hace al hombre administrador de esas riquezas por el bien común y por el bien de todos, no para el bien propio. Y no es fácil convertirse en un administrador honesto, porque siempre está la tentación de la codicia, del hacerse importante. El mundo te enseña esto y nos lleva por ese camino en vez de pensar en los otros, pensar que eso que yo tengo está al servicio de los otros y que nada de lo que tengo lo llevaré conmigo.

Pero si yo uso lo que el Señor me ha dado para el bien común, como administrador, esto me santifica, me hará santo.» *(Homilía de S.S. Francisco del 19 de julio de 2015, en Santa Marta).*

Meditación

Mi destino es la eternidad. Esto es lo que más importa. Hoy, Señor, me recuerdas que los tesoros del cielo son más importantes y están mejor asegurados que los de la tierra. Con frecuencia olvido esta realidad fundamental de mi vida cristiana. Vivo sumergido en el hoy, aquí y ahora sin levantar la mirada a mis inversiones del cielo.

Qué poco duran los tesoros materiales de este mundo, los del cielo perduran en la eternidad. Los de esta tierra son más difíciles de obtener que los de la otra. Los de este mundo implican cajas de seguridad, cuentas bancarias, claves secretas, guardias confiables; los de tu Reino se acumulan sin temor a perderlos, pasan desapercibidos por los ladrones, no se corrompen y Tú mismo, Dios, los custodias. Los de este mundo se devalúan, los del otro no conocen crisis económicas.

Ayúdame a llenar las arcas del cielo con los tesoros de las monedas de la caridad, con los cheques de las obras de misericordia, con las esmeraldas del sacrificio, los rubíes de la oración, las perlas de la paciencia, los dólares de la vida de gracia.

Es necesario desapegar mi corazón de los tesoros finitos de este mundo e irlo apegando poco a poco a los del cielo. Esto no quiere decir descuidar mi vida y desinteresarme de mis necesidades y de las de los demás, sino que todo lo que haga, lo haga siempre de cara a esa eternidad en la que podré gastar, gastar sin que jamás disminuya el crédito y sin adquirir deuda alguna.

Oración final

Pues Yahvé ha escogido a Sión,
la ha querido como sede para sí:
«Aquí está mi reposo para siempre,
en él me instalaré, que así lo quiero. *(Sal 132,13-14)*

SÁBADO, 22 DE JUNIO DE 2019

Contigo y por amor a Ti, todo lo puedo

Oración introductoria

Jesucristo, vengo a adorarte y a ofrecerte este día. Muéstrame tu rostro y enséñame a ser como Tú, un buen hijo del Padre celestial. Enséñame a servirte fielmente, sin buscar otra cosa que agradarte a Ti y cumplir la voluntad del Padre. Así sea.

Petición

Dios mío, ayúdame a confiar siempre en que todo lo que suceda en mi vida, coopera al bien, si vivo en el amor a Ti y a los demás

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios (2 Cor. 12,1-10)

Toca presumir. Ya sé que no está bien, pero paso a las visiones y revelaciones del Señor. Yo sé de un cristiano que hace catorce años fue arrebatado hasta el tercer cielo, con el cuerpo o sin cuerpo, ¿qué sé yo? Dios lo sabe. Lo cierto es que ese hombre fue arrebatado al paraíso y oyó palabras arcanas, que un hombre no es capaz de repetir. De uno como ése podría presumir; lo que es yo, sólo presumiré de mis debilidades. Y eso que, si quisiera presumir, no diría disparates, diría la pura verdad; pero lo dejo, para que se hagan una idea de mí sólo por lo que ven y oyen. Por la grandeza de estas revelaciones, para que no tenga soberbia, me han metido una espina en la carne: un ángel de Satanás que me apalea, para que no sea soberbio. Tres veces he pedido al Señor verme libre de él; y me ha respondido: «Te basta mi gracia; la fuerza se realiza en la debilidad.» Por eso, muy a gusto presumo de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo. Por eso, vivo contento en medio de mis debilidades, de los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque, cuando soy débil, entonces soy fuerte.

Salmo (Sal 33,8-9.10-11.12-13)

Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Lectura del santo evangelio según san Mateo (Mt. 6,24-34)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Nadie puede estar al servicio de dos amos. Porque despreciará a uno y querrá al otro; o, al contrario, se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y

al dinero. Por eso os digo: No estéis agobiados por la vida, pensando qué vais a comer o beber, ni por el cuerpo, pensando con qué os vais a vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad a los pájaros: ni siembran, ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellos? ¿Quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida? ¿Por qué os agobiáis por el vestido? Fijaos cómo crecen los lirios del campo: ni trabajan ni hilan. Y os digo que ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como uno de ellos. Pues, si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se quema en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por vosotros, gente de poca fe? No andéis agobiados, pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. Los gentiles se afanan por esas cosas. Ya sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todo eso. Sobre todo buscad el reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura. Por tanto, no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le bastan sus disgustos.»

Releemos el evangelio

San Juan Crisóstomo (c. 345-407)

presbítero en Antioquía, después obispo de Constantinopla, doctor de la Iglesia
Homilía 21 sobre san Mateo.

«No podéis servir a Dios y al dinero»

Vez que ventajas nos promete Jesucristo y cuantos de sus mandatos nos son útiles, puesto que nos liberan de tantos grandes males. El daño que nos causan las riquezas, dice, no es solo armar a los ladrones contra vosotros y llenar vuestro espíritu de profundas tinieblas. La gran herida que produce, es que os arrastran de la bienaventurada servidumbre de Jesucristo para convertirlos en esclavos de un metal insensible e inanimado.

«No podéis servir a Dios y al dinero» ¡Temblemos, hermanos, ante la idea de que forzamos a Cristo a hablar del dinero como de una divinidad

opuesta a Dios!. ¿Pero cómo, diréis, han encontrado los antiguos patriarcas la manera de servir conjuntamente a Dios y al dinero? De ningún modo.

¿Pero cómo pues Abraham, como Job ha lanzado tantas exclamaciones por su magnificencia? Os respondo que no es necesario en absoluto alegar aquí lo que han poseído los ricos sino los que han sido poseídos por ellos. Job era rico; se servía del dinero, pero no servía al dinero, era el dueño y no el adorador. Consideraba su bien como si hubiera sido otro, se consideraba como el dispensario y no como el propietario... Por eso no se afligió en absoluto cuando lo perdió.

Palabras del Santo Padre Francisco

«También nosotros gritamos jubilosos: “¡El Señor es mi Dios y salvador! El Señor está cerca”. Y esto nos lo dice el apóstol Pablo, nada nos tiene que preocupar, Él está cerca y no solo, con su Madre. Ella le decía a San Juan Diego: ¿Por qué tienes miedo, acaso no estoy yo aquí que soy tu madre? Está cerca. Él y su Madre.

La misericordia más grande radica en su estar en medio de nosotros, en su presencia y compañía. Camina junto a nosotros, nos muestra el sendero del amor, nos levanta en nuestras caídas –y con qué ternura lo hace– nos sostiene ante nuestras fatigas, nos acompaña en todas las circunstancias de nuestra existencia. Nos abre los ojos para mirar las miserias propias y del mundo, pero a la vez nos llena de esperanza.»
(Homilía de S.S. Francisco, 12 de diciembre de 2015).

Meditación

A veces parece que mis ideales son demasiado altos para mi capacidad. Quisiera hacer tanto bien por Ti, Señor, por mi familia, por mis amigos, por mi comunidad... Sin embargo, tengo frente a mis ojos el panorama de mi pequeñez y mis limitaciones...

Así es como me pongo delante de Ti, Padre mío. Tú mejor que nadie conoces quién soy, y qué necesito para cumplir tu voluntad. Gracias porque me das la fuerza para luchar cada día. Gracias por haberme escogido como tu instrumento para extender tu Reino en el mundo. Señor, dame el pan necesario para cada día.

Reconozco, Padre, que yo solo no puedo mucho. Pero reconozco también que contigo y por amor a Ti, todo lo puedo. Como la Sagrada Familia de Nazaret, quiero confiar en Ti y buscar sólo agradarte. ¡Cuántas veces a María le habrá faltado el dinero para comprar pan! ¡Cómo se habrá agotado José en el taller! Pero Tú nunca los dejaste solos. Desde que María dijo ese «Hágase en mí», fuiste Tú quien la fuiste guiando y ayudando, día tras día. ¡Gracias por ser un buen Padre!

María, intercede por mí en este día. ¡Cuánta ayuda necesito para cumplir mis deberes como cristiano! Ruega por mí y por toda la Iglesia, para que vivamos siempre con la esperanza y la confianza puesta en Dios, más que en nosotros o en las cosas materiales.

Oración final

Mi lengua proclama tu promesa,
pues justos son tus mandamientos.
Acuda tu mano en mi socorro,
pues he elegido tus ordenanzas. (*Sal 119,172-173*)